

Eduarda Mansilla de García

RECUERDOS
DE
VIAJE

edición
J.P. Spicer-Escalante

STOCKCERO

NOTA DEL EDITOR

La presente edición sigue con exactitud, salvo en la corrección de algunos errores de imprenta y de continuidad estilística y gramatical, la obra original (Buenos Aires: imprenta de Juan A. Alsina, 1882). Por ende, incluye ciertas expresiones finiseculares y refleja las pautas gramaticales de la época. En lo posible se han corregido ciertas expresiones incorrectas aunque en general se han respetado los errores de lengua extranjera en esta edición ya que no se sabe a ciencia cierta si se deben al manuscrito o la edición impresa.

Quisiera darles las gracias a los integrantes del plantel bibliotecario de la Academia Argentina de Letras, y al presidente de dicha institución, el dr. Pedro Barcia, por facilitarme el acceso a la edición príncipe de esta obra. Asimismo, les doy mis más sinceros agradecimientos a la dra. Cristina Perissinotto por su notable asistencia lingüística con varios giros en latín, y a la sección de investigación en humanidades y ciencias sociales de la New York Public Library por su apoyo con ciertos datos biográficos.

J.P.S.E.

ÍNDICE

EN SU “CALIDAD DE VIAJERA DISTINGUIDA”: LA CONSTITUCIÓN DE UNA VOZ FEMENINA DEL VIAJE EN RECUERDOS DE VIAJE (1882) DE EDUARDA MANSILLA DE GARCÍA	VII
LA VIAJERA Y LA LITERATURA DE VIAJES	XI
EDUARDA MANSILLA: AUTORA, VIAJERA Y NÓMADA	XIV
RECUERDOS DE VIAJE: LA CAUSERIE Y LA VOZ FEMENINA DEL VIAJE	XVII
OBRAS CITADAS	XXV
RECUERDOS DE VIAJE	
PRELIMINARES	I
CAPÍTULO I	7
CAPÍTULO II.....	13
CAPÍTULO III.....	18
CAPÍTULO IV.....	26
CAPÍTULO V.....	30
CAPÍTULO VI.....	35
CAPÍTULO VII	41
CAPÍTULO VIII	48
CAPÍTULO IX.....	54
CAPÍTULO X.....	60
CAPÍTULO XI.....	64
CAPÍTULO XII	70
CAPÍTULO XIII	76
CAPÍTULO XIV	80
CAPÍTULO XV	85
CAPÍTULO XVI	91

CAPÍTULO XVII	97
CAPÍTULO XVIII.....	103
CAPÍTULO XIX	112
CAPÍTULO XX	120

“EN EL SEGUNDO PISO ESTÁN LOS APOSENTO
CON SUS ANCHAS CAMAS MATRIMONIALES, QUE LA
MUJER NORTE AMERICANA, OSTENTA SIEMPRE, EN LAS
NOCHES DE RECEPCION, CON SUS DOBLES ALMOHA-
DONES CON FUNDAS BLANCAS, CUBIERTAS DE BORDADOS
Y CON LA SÁBANA LISA BIEN DOBLADA SOBRE LA
COLCHA, INVITANDO AL REPOSO; SIN QUE LE OCURRA
SIQUIERA, FUERA MÁS ELEGANTE Y MÁS PÚDICO,
VELAR ESOS MISTERIOS DE LA ALCOBA, CON UNA SO-
BRECAMA DE OSCURO RASO”.

“NO ES POSIBLE ESTUDIAR, COMO SIMPLE
VIAJERO Á LOS ESTADOS UNIDOS [...] SIN ECHAR UNA
MIRADA RÁPIDA SOBRE SU HISTORIA Y FORZOSAMENTE
TAMBIEN, ESTUDIAR LOS ELEMENTOS QUE FORMARON
EN SU ORÍGEN LA UNION AMERICANA”.

Recuerdos de viaje (1882)
E. Mansilla de García¹

EN SU “CALIDAD DE VIAJERA DISTINGUIDA”:
LA CONSTITUCIÓN DE UNA VOZ FEMENINA DEL
VIAJE EN *Recuerdos de viaje* (1882) DE EDUARDA
MANSILLA DE GARCÍA

El viaje, el desplazamiento geográfico de un sujeto humano por lugares frecuentemente ignotos –con diversos y posiblemente múltiples motivos como, por ejemplo, la embriaguez de la ventura, los imperativos del trabajo, las exigencias de la diplomacia internacional o el fervor de la peregrinación religiosa, entre muchos más– tiene, naturalmente, una larga tradición tanto en el mundo occidental como en el oriental. Su expresión en forma escrita –hay una clara relación entre el acto de viajar y la escritura de viajes (Hulme y Youngs 2)– remonta al mundo clásico si no antes, revelándose en una plétora de manifestaciones literarias originales que, desde la remota antigüedad hasta la más contemporánea actualidad, siguen cautivando a los lectores de un sinfín de culturas y sociedades debido, sin duda alguna, a un igual sinúmero de razones.

La evolución histórica del género literario que discurre sobre el viaje y su minucia particular inicia su paulatino pero progresivo tránsito hacia la popularidad a medida que el público lector empieza

¹ Todas las citas de *Recuerdos de viaje* provienen de esta edición de la obra. Estas referencias textuales son de las páginas 13 de 26, respectivamente

a interesarse por la otredad de pueblos y culturas diversos que habitan los espacios más allá de sus propios límites geográfico-culturales. Aunque sirven como precursoras las narraciones de escritores viajeros como el veneciano Marco Polo –autor de *Il milione* o *El libro de las maravillas*, escrito entre 1298 y 1299– y el prosista marroquí Ibn Battuta –escritor de la *Rihla*, la narración de su deambular por el mundo árabe como peregrino a la Meca que data del siglo XIV– el género gana cada vez más renombre a partir de llegada de los primeros viajes relatados en forma escrita que versaban sobre los nuevos hallazgos maravillosos –y potenciales riquezas– de las tierras americanas. Es decir, desde el arribo de Colón al Caribe en su primer viaje al continente americano, las Américas se volvieron un destino llamativo para los viajeros europeos que, desde esta época en adelante, ha suscitado mucho interés en el público en general –tanto el lector, como el iletrado– que revivía las aventuras de los viajes ajenos por medio de los textos escritos o los relatos orales que se narraban de forma popular. De hecho, los primeros documentos que surgían del Nuevo Mundo eran, en realidad, las crónicas de viaje de los exploradores europeos (Whitehead 122). Estos textos primigenios, debido a su contenido y contexto, cautivaban al lectorado por un lujo de causas que distinguían a las Américas de los otros destinos de la época:

...the encounter with the Americas certainly stimulated a vast production of [...] literature and arguably made textual experience of the exotic a much more mundane occurrence. At the time of the discovery of the New World, the horizons of colonial Europe were also being expanded by travel to the east and south, but the unanticipated discoveries of Columbus provided a frison of mystery and a need for explanation. This was the basis not just for recurrent attempts to detail, catalogue, and locate the peoples, creatures, and geographies of the continents, but also for a particular sense of the possibility of encountering the marvellous, the novel, and the extreme. (Whitehead 122)

En Europa en particular, como señala George Schade, para los siglos XVIII y XIX los libros de viaje se convierten en un género de gran renombre (82).

Pero más adelante este interés en el viaje y en el “viaje escrito” en sí se debe –más allá del motivo económico casi siempre latente– a una

profusión de pretextos particulares, algunos relacionados con el clima, y otros con la estética; o más aun, con el exotismo de las localidades conocidas por medio del desplazamiento a otras tierras:

Escritores de países septentrionales sentían la atracción del cálido Mediterráneo: así, los ingleses y alemanes viajaban a Italia, Grecia, España y Turquía. Los rusos sentían el imán del Occidente y de su centro artístico en París. Los franceses también buscaban mundos exóticos, encontrándolos allende los Pirineos o en Norteamérica. Y muchos escribían sus recuerdos e impresiones...(Schade 82-83)

Con frecuencia, los escritores europeos se esparcían por un mundo cuya existencia era ya marginalmente conocida –aunque todavía relativamente incógnito, como rezaban los mapamundi de antaño²– y evocaban para un público lector ávido de novedades de sociedades, gentes y, por cierto, las “maravillas” de ultramar, sus aventuras de viajero a través del texto de viaje.

Sin embargo, estas crónicas de viaje –un compendio y registro de las peripecias geográficas, políticas, económicas, sociales y culturales de las “zonas de contacto” conocidas a través del viaje³– han sido desde los tiempos más remotos, una manifestación relacionada típicamente con los gestos masculinos, sean éstos “literarios” o no. Es un hecho que como miembros de un panteón predilecto de autores viajeros, el género de la literatura de viajes tradicionalmente les ha otorgado más relevancia a figuras como Homero, Colón, y von Humboldt que a las mujeres viajeras. En las obras de estos autores se narra, en realidad, el suceso “varonil”, producto del viaje masculino de aventura, de exploración, o de gestión científica o comercial. A través de la lectura de los textos de estos autores, se “viaja” con un Odiseo extraviado o cautivo en el indómito Mediterráneo; en la cubierta de la Santa María, mientras su capitán avista una tierra desconocida; o, como Aimé Bonpland, al lado del científico alemán, acompañándolo por las asperezas de la cordillera andina con la finalidad de catalogar la antes desconocida naturaleza que hallaba. La presencia femenina en estos textos de viaje –que se presta para la objetificación sexual/sensual de lo exótico en muchos

2 En los mapas antiguos con frecuencia se escribía *terra incógnita* para describir las tierras no conocidas ya que se sospechaba su existencia, pero no se podía lograr detallar su relieve particular (cartográfico o cultural).

3 Según Mary Louise Pratt, una “zona de contacto” es un espacio social, creado o facilitado por medio del viaje que establece el contacto, “where disparate cultures meet, clash, and grapple with each other, often in highly asymmetrical relations of dominion and subordination” (4).

casos— aparece a guisa de adorno a un gesto pos-caballeresco de conquista ⁴.

No obstante, mientras el lector tradicional ha leído históricamente a los clásicos masculinos del género de viajes, las mujeres —lectoras también— no sólo han consumido este mismo producto cultural sino que también han contribuido con su propio tributo al género. De hecho, muchas escritoras —europeas inicialmente— agregaban su toque personal a la literatura de viajes con escritos sobre sus propios itinerarios y destinos, un hecho cada vez más acusado con la creciente proliferación de la escritura femenina a partir del siglo XIX. Este fenómeno no es sólo europeo, sin embargo. Un claro ejemplo de una respuesta escrita contestataria a las crónicas de viaje varoniles —y tal vez inconscientemente a la de su propio hermano, Lucio Victorio, autor de *Una excursión a los indios ranqueles*— es el caso de la literata argentina Eduarda Mansilla de García. En su obra *Recuerdos de viaje*, la autora ofrece una crónica de viaje, publicada en Buenos Aires en 1882, en la que relata los sucesos de la vida de la autora durante una estancia extendida en varias ciudades norteamericanas a comienzos de la Guerra de Secesión de aquel país ⁵. Este texto, destinado principalmente al público lector porteño de la época de su publicación, constituye un notable pero casi desconocido hito dentro de la literatura argentina decimonónica y también dentro de la literatura de viajes femenina en Latinoamérica.

Dada la relevancia de Eduarda Mansilla en cuanto a la producción literaria argentina durante el siglo XIX y de la continua vigencia de su obra *Recuerdos de viaje* dentro de los amplios márgenes de la escritura de viajes en general —y de las crónicas de viajes femeninas en particular— quisiéramos, en este ensayo, examinar las raíces del género de viajes y su manifestación en manos de mujer en Latinoamérica, además de investigar el cruce entre la vida de Mansilla y su producción literaria, enfocando la génesis, la composición y el alcance de *Recuerdos de viaje*. Con esta finalidad en particular, creemos necesario poner en claro de qué manera interviene en el proceso de la constitución de la identidad de la mujer escritora que aparece en *Recuerdos de viaje* su én-

4 Un ejemplo de este fenómeno es el de Hernán Cortés quien sólo menciona parentéticamente a su compañera y confidente, Doña Marina (la Malinche), llamándola en sus cartas de relación desde México su “lengua” debido a su función como intérprete para la expedición del conquistador. No se menciona en estos escritos que tuviera un hijo con ella Cortés, el cual sería uno de los primeros mestizos de la historia hispanoamericana, ni que se la diera como amante a sus oficiales subordinados luego de la conquista.

5 Esta acción bélica se extiende desde 1861 hasta 1865.

fasis textual en la creación de una voz “viajera” particular –relacionada con la *causerie*, la amena charla tan común entre los intelectuales argentinos de la época finisecular– la cual discurre sobre no sólo los pormenores “domésticos” que encuentra en Estados Unidos, sino también los detalles de envergadura política relevantes que halla en aquel país. Esta división temática, argüimos, *resignifica* la naturaleza no sólo de la identidad de la mujer viajera, sino también del texto de viaje femenino en sí.

LA VIAJERA Y LA LITERATURA DE VIAJES

El viajar, como hemos venido señalando, ha caracterizado la evolución humana desde los tiempos más remotos y la “escritura del viaje” –la composición de los archivos que caracterizan el desplazamiento humano por territorios extraños– no le ha ido en zaga en su función testimonial frente a los eventos acaecidos durante las migraciones –voluntarias o involuntarias– del ser humano. Sin embargo, en la historia humana se ha reconocido escasamente el hecho de que no sólo el hombre, sino también la mujer, han participado en el proceso del movimiento humano con itinerarios a la vez similares, pero con frecuencia distintos. Sólo por medio del movimiento feminista de las últimas décadas del siglo XX ha empezado a reconocer la crítica literaria el notable aporte femenino a la producción literaria relacionada con el viaje, a pesar de una abundante tradición en torno al tema y su popularidad entre el público lector ⁶.

El que el viaje haya sido con frecuencia una expresión más masculina responde a una cierta realidad física tal vez inignorable. Como señala Susan Bassnett, “The essence of adventure lies in taking risks and exploring the unknown, so it is hardly surprising to find that early travel accounts tended for the most part to be written by men, who moved more freely in the public sphere” (225). No obstante, historiográficamente, el lector agudo apreciará que esta realidad no responde

6 Señala Susan Bassnett que “The feminist revival of the early 1970’s had, as part of its intellectual agenda, a conscious revision of what was perceived as male-authored history. One strand in this process of rediscovery was an interest in women travellers [...] The first stages of the revival were therefore to make available works that had all but disappeared and to remind readers of the number of women travellers who had written about their journeys” (226). Desde luego, Bassnett habla de las autoras de habla inglesa principalmente. Aún queda por hacerse una “revisión” y “proceso de redescubrimiento” de los textos de viaje de viajeras hispanoamericanas más completos aunque la crítica actual en torno a esta temática representa un eslabón importante en el avance de ese proceso.

a un absoluto, pues la fundación del género de la literatura de viajes cuenta con una presencia femenina desde casi sus inicios. Uno de los primeros textos de viaje reconocido es, pues, el de la monja europea Egeria, cuya obra *Itinerarium Egeriae* —escrita en forma epistolar durante una peregrinación a Jerusalén, se compone en base a las misivas que la autora dirigiera a sus hermanas espirituales desde los destinos remotos de la Tierra Santa— remonta al siglo IV. Es decir, desde sus orígenes ha habido un espacio tanto para el viaje femenino—con ciertas limitaciones físicas y sociales, pero también con innegables beneficios en ciertos casos— como para la escritura femenina del viaje, aunque es preciso reconocer que este espacio que las viajeras han aprovechado en numerosas instancias no siempre será el mismo que ocuparían sus coetáneos masculinos por diversas razones⁷.

Aunque el desplazamiento femenino evoluciona lentamente durante los siglos posteriores al periplo de Egeria, entre los siglos XVII y XVIII el viaje femenino se convierte en un rito especial para las escritoras europeas más afortunadas quienes aprovechan la oportunidad que les brindaba su *status* social para emprender sus propios viajes —su *Grand Tour*, la raíz del fenómeno moderno que es el turismo (Buzard 37-52)— por el continente europeo⁸. En este sentido, se manifiesta un dato relevante para nuestra lectura del género de viajes: la tipología del viaje —y su escritura, tanto la masculina como la femenina— acusan la existencia de una relación cada vez más cercana e importante entre la clase social y el sujeto viajero a partir del crecimiento de las sociedades burguesas en Europa y Norteamérica. Los que podían darse el lujo de hacer tanto un viaje de negocios o una simple gira por Europa —por cualquier país, en realidad— formaban parte, comúnmente, de la alta burguesía nacional y manifestaban los valores de esa clase social. Se percibe, entonces, un creciente aburguesamiento en la literatura de viajes a partir de la evolución de las burguesías nacionales tanto en Europa como en otros países, y ello cambia tanto la expresión y la temática del género, como también la visión —*gaze*— del sujeto viajero escritor. El advenimiento del imperialismo europeo y el neoimperialismo norteamericano sólo enfatiza la expresión de estos valores sociales a una

7 Como se verá más adelante, la crítica reciente ha analizado este fenómeno en el caso de la comparación entre los viajes a Estados Unidos de los argentinos Domingo Faustino Sarmiento y Eduarda Mansilla de García.

8 El *Grand Tour* se aplica al itinerario de viaje de las élites europeas por un circuito semiestablecido del continente europeo entre el siglo XVII y los comienzos del siglo XIX. El objetivo del viaje para muchos era cimentar la formación cultural del viajero novato por medio del conocimiento de las culturas europeas y sus raíces antiguas. Para más información sobre este concepto, ver Buzard 37-52.

escala mayor: el escenario imperial internacional.

Con esta gradual presencia del fenómeno (neo)imperial en lugares cada vez más remotos –el imperio inglés en Africa, Asia, el Caribe y la India; las colonias francesas que se extendían sobre cuatro continentes; la creciente representación de Estados Unidos en diversos sitios alrededor del mundo– se amplían los límites del viaje en general, y del viaje femenino en particular ⁹. Latinoamérica, debido al acceso cada vez más fácil por vía marítima al continente¹⁰, también se vuelve un destino de interés para la escritora viajera europea, como se ve en el caso de las “exploratrices sociales” (Pratt 155) entre las cuales se incluyen la escocesa Maria Callcott Graham, autora de varias obras relacionadas con sus experiencias en Chile y Brasil¹¹, y la francesa Flora Tristan, abuela del pintor Paul Gauguin y autora de sus experiencias en el Perú, tituladas *Peregrinaciones de una paria* (1838), sin olvidar a la marquesa Frances Calderón de la Barca –escocesa de nacimiento y la esposa de don Angel Calderón de la Barca, el primer plenipotenciario español destinado a México después de la independencia mexicana– quien describe su estancia breve en aquel país en *Life in Mexico* (1843)¹². Sus obras –lo que Mary Louise Pratt considera una respuesta a los textos masculinos que narran la exploración y la conquista de las Américas– ofrecen una “reinención de América” (155-57); constituyen, pues la cara inversa y contradiscursiva de los textos de viajes masculinos de la época que relatan las observaciones de la vanguardia capitalista europea y norteamericana en las Américas durante la expansión económica capitalista a nivel mundial durante el siglo XIX¹³.

Curiosamente, el fenómeno del viaje femenino no es de un sólo

9 Aunque no representa una lista exhaustiva, algunas otras escritoras que describieron sus viajes y/o experiencias extraterritoriales en esta época son: Mary Eliza Bakewell Gaunt, Marianne North, Caroline Paine, Mary French Sheldon, Fanny Bullock Workman.

10 Para un análisis histórico del transporte de viajeros entre Europa y Latinoamérica, ver Spicer-Escalante “Ricardo Güiraldes’s” 10-13.

11 Graham, además de escribir *Journal of a Residence in Chile during the Year 1822* (1823), y *A Voyage from Chile to Brazil in 1823* (1824) and *Journal of a Voyage to Brazil, and Residence There, During Part of the Years 1821, 1822, 1823* (1824), hizo las ilustraciones para sus publicaciones sobre estos países.

12 Otras escritoras que viajaron a Latinoamérica y escribieron sobre sus estancias allí son Julia Ward Howe (Cuba), Edith O’Shaughnessy (México) e Irene Aloha Wright (México, Cuba).

13 Observa Pratt, “Though often enough accompanied by women, the capitalist vanguardists scripted themselves into a wholly male, heroic world. The genderedness of its construction becomes clear when one examines writings by women travelers of the same period – women the vanguardists were *not* with” (155). En torno a las diferencias entre la escritura masculina y femenina de viajes, ella señala “In structuring their travel books, [...] the capitalist vanguardists often relied on the goal-directed, linear emplotment of conquest narrative” (157).

sentido, de Europa “hacia” el “Tercer Mundo” en general, o hacia las Américas en particular. En el caso de América latina, la viajera latinoamericana también participa del proceso de viajar y narrar sus experiencias vitales como viajera, como se ve en el caso de autoras como las cubanas Maria de las Mercedes Santa Cruz y Montalvo, conocida como la Condesa de Merlín (1789-1852); Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873); y Aurelia Castillo de Gonzalez (1842-1920)¹⁴. Estas escritoras y viajeras se destacan en particular por la naturaleza de sus viajes y relatos: ellas van *hacia* la Metrópoli – Europa– y crecientemente rumbo a la nueva Metrópoli en la época, Estados Unidos. Escriben tanto sobre el centro metropolitano como sobre su patria en sus textos, construyendo la base la expresión del viaje femenino como también lo hace Eduarda Mansilla por medio de su crónica *Recuerdos de viaje*.

EDUARDA MANSILLA: AUTORA, VIAJERA Y NÓMADA

Durante el siglo XIX, se divisa, en realidad, la expansión del fenómeno de extraterritorialidad y de la escritura sobre las experiencias extranacionales –que tanto había cautivado a los escritores viajeros europeos desde varios siglos antes– y los escritores viajeros latinoamericanos no se quedan atrás en su afán de recorrer tierras desconocidas y contar lo sucedido en sus aventuras:

Hispanoamérica, que sirvió de blanco y materia prima de recuerdos de viajes en una multiplicidad de crónicas en prosa y también en verso durante la Colonia, ya en el siglo XIX se independiza. Los escritores hispanoamericanos, en especial durante la segunda mitad de la centuria, empiezan a viajar y narrar lo que ven en sus andanzas. (Schade 83)

Este fenómeno se ve plenamente en la primera generación anterior de escritores argentinos –la generación de 1837– cuyos viajes, frecuentemente producto del exilio durante la época de Rosas, quedaron redactados en forma de libro de viajes. Tanto Sarmiento y Alberdi, por ejemplo, narraron sus andanzas por tierras ajenas para un público latinoamericano sediento del saber del viaje que estos próceres nacionales ofrecían en sus escritos ¹⁵.

14 Aunque no viajó a Europa como estas mujeres –o como Eduarda Mansilla– es preciso señalar a Juana Manuela Gorriti también como viajera. Para una comparación entre Gorriti y Mansilla, ver Batticuore “Itinerarios”.

15 Sarmiento y Alberdi llevaron a cabo gestiones diplomáticas en Europa y/o Estados Unidos en nombre del gobierno argentino (y también chileno, en el caso de Sarmiento). Sus crónicas de viaje se recopilan luego en *Viajes* de Sarmiento y *Recuerdos de viaje* de Alberdi.

Muy pronto la generación literaria a la que pertenecía Eduarda Mansilla se vería también inmersa en las aguas profundas de esta experiencia, ya que los escritores que forman la generación argentina de 1880 eran casi todos viajeros: “Entre los países hispanoamericanos, Argentina se destaca por su rica y variada producción de libros de viajes en el período que abarca desde mediados del siglo XIX hasta bien entrado en el siglo XX” (Schade 84)¹⁶. Este hecho responde, ciertamente, al creciente progreso económico que se percibe en la Argentina finisecular –hasta la crisis de 1890– a medida que el positivismo, promovido por la *intelligentsia* local, se arraigaba en el seno de la nación y modificaba los términos del cambio internacional, haciendo que el país fuera blanco no sólo de una notable inmigración europea sino también se convirtiera en principal exportador de productos agrícolas en el mercado internacional¹⁷. Este progreso económico fomenta, asimismo, el crecimiento de una clase burguesa –que vivía con un nivel inusitado de ocio para el país y la época, lo cual permitía los viajes de lujo al exterior– y la manifestación de un aburguesamiento social en cuanto a los valores de la patria. Los hermanos Mansilla –Lucio Victorio (1831-1913), destacado militar y Eduarda (1838-1892), mujer letrada– constituyen un notable ejemplo de la burguesía viajera argentina de la época finisecular.

Cultos e intelectualmente formados los dos –además de ser los sobrinos de Juan Manuel de Rosas, el gobernador tiránico de la Provincia de Buenos Aires durante las primeras décadas de la época poscolonial

16 Para un examen parcial sobre la producción escrita en torno al viaje de la Generación del 80, ver Spicer-Escalante, “A Non-Imperial Eye/I” 54-56. Para una nomenclatura del viaje argentino, ver Viñas *Literatura* 149-184.

17 Observa Josefina Ludmer en *El cuerpo del delito* que la coalición cultural –léase *intelligentsia*– de la Argentina ochentista es “homogénea en los lugares comunes del liberalismo, el positivismo, el Club del Progreso, el Teatro Colón, la Recoleta y algunos carnavales” (26). Curiosamente, se le olvida mencionar que los miembros de esta coalición –figuras como Eugenio Cambaceres, Miguel Cané (h.), Lucio Vicente López, Lucio V. Mansilla, y Eduardo Wilde, por ejemplo– también coincidían en la crónica de viajes. En este género, algunos ejemplos del viaje narrado son: Eugenio Cambaceres, *Música sentimental* (1884); Miguel Cané, *En viaje* (1884); Lucio Vicente López, *Recuerdos de viaje* (1881); y Eduardo Wilde, *Prometeo & Cía* (1899); entre otros títulos periodísticos, etc. en que estos autores explayan sobre sus experiencias de viaje (como es el ejemplo de *Viajes y observaciones* de 1892 que escribe Wilde). Nos resulta aún más curioso el hecho de que no figura Eduarda Mansilla en ningún aspecto de su análisis de esta generación argentina de escritores, incluyendo los relatos de viaje. Es decir, aquí señala Ludmer –como tantos otros– a los integrantes “masculinos” principales de la generación argentina de 1880. Pero, como observa Bonnie Frederick, hay mujeres que debido a su posición social o por el dominio masculino de los medios de prensa/imprenta, no podían llevar a fruición la escritura como medio profesional de vida (“Introducción 9-10). Para una lista completa de las autoras que compartían las lindes cronológicas con los hombres de la generación del 80, ver Frederick, “Introducción” 9-10.

argentina— los Mansilla compartían una afinidad más allá de la mera hermandad: viajeros experimentados los dos, tanto Lucio como Eduarda también dejaron obras escritas que son ejemplos claros y valiosos del género de viajes.

El primero de los hermanos en publicar sus crónicas de viaje es Lucio Victorio, conocido como autor principalmente por *Una excursión a los indios ranqueles*¹⁸, una obra clásica de la literatura argentina decimonónica, publicada por entregas en el diario porteño “La Tribuna” en 1870 y en forma de libro después. No obstante, para la fecha de publicación de esta crónica que narra su experiencia entre los indígenas ranqueles de la frontera argentina, el autor ya tenía una experiencia viajera de casi dos décadas. Su primer viaje internacional lo había efectuado cuando era menor de veintiún años de edad. En aquella ocasión, llevó a cabo el papel de agente comercial de su padre en un verdadero periplo para los tiempos: un viaje desde Buenos Aires hasta la India, itinerario que lo llevaría a conocer, de paso, otros países: Egipto, Turquía, Italia, Francia e Inglaterra. El testimonio escrito de la travesía —*De Adén a Suez*— se publica en Buenos Aires en 1854. Su vida posterior se convierte en una larga serie de viajes —intra y extranacionales— en los que representaba a la Argentina en misiones diplomáticas o comerciales, o en los se desplazaba por el simple motivo de disfrutar del ocio como epicúreo que caracterizaba a su clase social. De estas vivencias resultaron otros textos, incluyendo *Entre-nos: causeries de un jueves* (1889) donde figura el viaje como una manifestación de los gustos del autor. No resulta extraño que la muerte lo haya encontrado en París, donde se había radicado a partir 1906, pues el título de viajero le correspondía plenamente.

El caso particular de Eduarda Mansilla —mientras compartía muchas experiencias comunes con su hermano, además de la experiencia misma del viaje¹⁹— demuestra la distinción fraternal entre Lucio y Eduarda la cual se debe, en cierto sentido, a la naturaleza de sus viajes. Como bien señala Bonnie Frederick, “Lucio es un viajero, un hombre que deja su casa atrás en Buenos Aires; Eduarda es una nómada, lleva su casa consigo” (“Nómada” 249). Esta disparidad subraya la oposición principal —pues hay otros (Frederick, “Nómada”

18 No ignoramos el notable aporte general a la literatura argentina decimonónica de Mansilla aquí, pues es autor de varios libros importantes. Quisiéramos enfocar simplemente lo más relevante de su contribución al género de viajes, la temática particular de este estudio.

19 Bonnie Frederick señala lo que llama la “zona compartida ...[de] experiencias vitales que tienen en común la mujer y el hombre” (247) y observa que para los hermanos Mansilla éstas incluyen la familia, la educación, la clase socioeconómica, las opiniones políticas, los intereses personales, los viajes a París, etc. (“Nómada” 247).

246-251)– entre sus experiencias: mientras Lucio V. Mansilla viajaba por razones diplomáticas, comerciales o personales, Eduarda era madre y ama de casa; acompañaba a su marido Manuel García –menos en los últimos años de vida, ya separada de su marido y radicada sola en Buenos Aires– a los distintos puestos diplomáticos a los que lo destinaban en Europa y Estados Unidos. Aunque Eduarda gozaba como “persona distinguida”, como ella misma señala en *Recuerdos*, de los beneficios de ciertos aspectos de este tipo de desplazamiento –conocía personas, pueblos, ciudades y culturas nuevas e importantes– su función principal al llegar a un nuevo destino era montar una casa y ocuparse de los hijos y sus sirvientes, no preocuparse por la diplomacia internacional, los intereses comerciales o la oferta cultural de la localidad con sus manjares comestibles más destacados, como un epicúreo. Es decir, Eduarda disfrutaba de muchos de estos elementos del viaje por virtud del matrimonio, pero no es agente de su propia voluntad, en realidad. Ella es acompañante, no un agente social plenamente libre, capaz de desplazarse independientemente por el mundo como los hombres en general y su hermano en particular²⁰. Como señala María Rosa Lojo, este hecho revela la existencia de “una inevitable ‘perspectiva de género’” (“Mansilla” 15) entre la visión “viajera” de Lucio y la visión “nómada” de los Eduarda. Esta diferencia modifica notablemente los parámetros de la experiencia del viaje, aunque por medio del texto literario se lijan las asperezas genéricas bastante, y Eduarda ocupa su propio lugar en el mundo–de la escritura. Este detalle delata otra afinidad entre los hermanos: su tendencia hacia la “charla” textual y la relevancia de ello en la elaboración de sus escritos.

Recuerdos de viaje: LA CAUSERIE Y LA VOZ FEMENINA DEL VIAJE

Para la época de la publicación de *Recuerdos de viaje* –1882, lo cual implica que Eduarda antecede a casi todos sus contemporáneos masculinos de la generación del 80 en la publicación de su crónica de viajes²¹– Eduarda Mansilla ya era, en realidad, una persona conocida entre los círculos culturales porteños desde hacía más de dos décadas.

20 Este hecho tal vez explica la casi absoluta falta de mención de su marido en *Recuerdos*, menos un par de referencias parentéticas al ministro.

21 Ver nota 17 para las fechas de publicación respectivas.

Hija del general Lucio Norberto Mansilla y de Agustina Ortiz de Rozas –la hermana menor del caudillo Juan Manuel de Rosas– Mansilla nació en la capital argentina en 1838. Desde joven tenía un deseo de conocer culturas ajenas a la suya y se la consideraba políglota por su inclinación hacia el aprendizaje de otras lenguas, un anticipo de lo que será el papel de mediadora cultural que ocupará durante sus muchos viajes al exterior (Lojo, “Eduarda” 47; Batticuore, “Menores” 365). En cuanto a su dedicación a la escritura, ésta se manifiesta desde una edad joven en una pluralidad de géneros²². En cuanto al periodismo, publicó artículos de variada temática en *La Flor del Aire*, *El Alba*, *El Plata Ilustrado*, *La Ondina del Plata*, *La Gaceta Musical*, y *El Nacional*. Sus novelas *El médico de San Luis*, y *Lucía Miranda, novela histórica* aparecieron como folletines en *La Tribuna*, aunque ambas obras se publicaron bajo el pseudónimo “Daniel”, el nombre de un futuro hijo suyo. También publica una novela en francés titulada *Pablo ou la vie dans les Pampas* –muestra del nivel lingüístico de la autora en esa lengua– que sale a la luz primero en la revista *L’Ariste* en París en 1869, publicada en forma de libro posteriormente por la librería Hachette. Cultivó también el teatro y compuso música, además de la literatura infantil, siendo precursora argentina en esa materia con la publicación del libro de cuentos infantiles *Creaciones* en 1883²³. Todo indica que su obra escrita –que abarca todos los géneros señalados– recibió elogios no sólo del público lector porteño, sino también de los editores argentinos (Sosa de Newton 89), una importante medida de su ingreso a los círculos editoriales más cerrados.

A primera vista, parecería que las divergencias entre la obra de los dos hermanos primarían en un cotejo cuidadoso. No obstante, a pesar de las aparentes bifurcaciones entre la producción cultural de los hermanos Mansilla –Lucio, tan adicto al ensayo corto de temática personal, como *causêur*; Eduarda, aparentemente inmersa en una época en la escritura de novelas sentimentales y en otra, en los cuentos infantiles– regresamos a la temática que apasiona a ambos: el viaje y su narración. Esta coyuntura temática nos lleva a un elemento tan importante en la cultura de la época en que escribían: la *causerie*, un medio

22 La mayoría de la información biográfica expuesta aquí proviene de “Eduarda Mansilla” de María Rosa Lojo y “Eduarda Mansilla de García, mujer de letras” de Beatriz Bosch.

23 Graciela Batticuore observa que “En 1880 con tres novelas en su haber y otros escritos que la consagran en su país y en el extranjero, Eduarda Mansilla publica en Buenos Aires un volumen de *Cuentos* dedicados al público infantil” (“Menores” 365).

expresivo que cultivaba con afición Lucio, pero que hasta ahora no ha sido señalado como componente de la producción escrita de Eduarda Mansilla. El objetivo nuestro aquí es señalar cómo Eduarda recurre a esta forma de expresión en *Recuerdos de viaje*, lo cual muestra otra faz de su escritura y nos permite identificar la relevancia de la voz de “viajera” que establece la autora por medio de su texto de viaje²⁴.

Una rápida ojeada al concepto de la *causerie* delata inmediatamente al conversador: el que dialoga –o, más bien “monologa”– sobre la política, la cultura, la sociedad, las nimiedades de la vida; pero con un humor subjetivo, agudo, de gran cultura mundana. Esta entretenida charla asume –en su forma escrita– la existencia de un interlocutor implícito de igual –o casi pareja– formación intelectual como para poder comprender la profundidad de las alusiones culturales y para captar la agudeza del humor exhibido²⁵. En el caso particular de *Recuerdos de viaje*, la autora se apropia de este discurso aceptado por el público lector entre los hombres de su época, y presupone una suerte de “charla” con iguales –como los amigos con los que conversaría; todos cultos, viajeros también, seguramente. Medita, reflexiona y opina, pues, sobre una gran variedad de temas de interés para los miembros de su misma condición social. La temática de la disertación de Eduarda Mansilla en la obra se relaciona, entonces, no sólo con las experiencias comunes para todo viajero, sino también con los detalles de tanto la esfera doméstica –el espacio tradicionalmente dedicado al género femenino en el siglo XIX latinoamericano²⁶– y el ámbito “exterior” que comúnmente ha sido considerado genéricamente un resquicio masculino. Con esta división, cumple Mansilla, en realidad, con una doble expectativa: cautiva tanto el interés del público femenino como el masculino, matando dos metafóricos pájaros con un solo tiro editorial, justo como haría en su salón durante una picada tertulia dominical.

Como señala David Viñas en *De Sarmiento a Dios: viajeros argentinos a USA*, en su acercamiento a la cultura norteamericana “Eduarda va contando su *aprendizaje norteamericano* con matices y sus previsibles pero severas contradicciones” (53). La autora avanza, pues, en un “paso a paso cauteloso donde practica miramientos, vigiliadas, reservas y brus-

24 Por cierto, no es la primera en comentar una estancia en Estados Unidos –Sarmiento ya lo había hecho– aunque sí la primera autora en hacerlo.

25 En este sentido, no se aleja el *causéur* tanto del *flâneur*, el “vago” o el “rastacuero” que aparece tanto en la literatura argentina finisecular y que “chusmea” libremente, sabiendo exactamente quiénes son sus interlocutores (lectores).

26 Para un análisis de la noción de los espacios y su relación con el género en Hispanoamérica durante el siglo XIX, ver Catherine Davies, “Spanish-American Interiors: Metaphors, Gender and Modernity”, *Romance Studies* vol. 22 (1): 27-39.

camente, desquites y réplicas certeras” (53)²⁷. Mansilla inicia su “charla” con una detallada descripción –desde lejos de las costas norteamericanas– de las peripecias de la vida de a bordo de un barco transatlántico. Según ella, sea inglesa o francesa la nave, esta vida como viajera náutica es única. Pero distingue, como *connaisseure*, que hay una diferencia entre las empresas marítimas: culta y experimentada, cualidades que enfatizan la autoridad de su narración, prefiere a los franceses, pues se come mejor y el trato personal por parte de la tripulación no tiene comparación con las compañías británicas. Este deslizamiento paulatino hacia Nueva York prepara la escena de su arribo a Estados Unidos donde continúa su retrato de la experiencia viajera con el dibujo de las circunstancias que rodean su desembarco en la creciente metrópolis estadounidense: babilónica confusión de lenguas, frustración comunicativa, bagaje, transporte local, hoteles, comedores de hotel y su oferta comestible, además de la atención de los meseros negros a los huéspedes, que a veces pasan toda una vida hospedados en un mismo hotel. Estas referencias, como todos los referentes al viaje en sí, apelan a un público variado: tanto a los viajeros experimentados –independientemente de su sexo, reviven la nostalgia de la excursión a través de la narración de Mansilla– como a los viajeros novatos que aún no se han subido a un transatlántico para ver la vida allende el mar, para quienes las descripciones sirven de aviso –y toma de conciencia– de lo que les espera en altamar y al llegar al destino desconocido. Pero un detalle en particular sobresale en cuanto a su persona como protagonista de su obra: su pasaporte diplomático la exime del chequeo de aduana. El simple gesto sirve de metáfora de su privilegio y de su posición social. Su *status* se manifiesta y ayuda cada vez más a crear la autoridad necesaria para que se la tome en serio a ella, como “viajera distinguida”, y a su obra, a la par de sus contemporáneos masculinos.

En cuanto a la esfera “doméstica”, la autora trae a colación sus observaciones sobre los pormenores de la vida femenina íntima en Estados Unidos durante la época de su estancia en aquel país (los años 1861-1862, aproximadamente)²⁸. En este sentido, su género es un beneficio, pues logra penetrar espacios típicamente vedados al hombre y recorrer los pasillos de la casa estadounidense, conociendo –y describiendo– los baños, vestidores, alcobas y *boudoirs* de las damas nortea-

27 Lojo no concuerda con la aseveración de Viñas. Señala que “la escritora no llega a Estados Unidos, ni en plan de turista irónico y curioso (el viaje del dandy escritor, al estilo de su hermano Lucio, o su amigo Eduardo Wilde0, ni tampoco en «viaje de aprendizaje», como lo hizo Sarmiento, en busca de las formas posibles de una mejor organización política y educativa” (“Mansilla” 15).

mericanas para su público lector argentino. Este acceso, tal vez inaudito en la Francia o la Argentina de la época, le permite comentar –con cierta profundidad e agudeza, ora hirientes, censuradoras e irónicas, ora elogiosas y encomiásticas– su *toilette*, su condición de vida, sus formas de pensar y comportarse –incluyendo su forma de coqueteo, su *flirt*–, sus relaciones íntimas con el sexo opuesto y sus expectativas ante el matrimonio y el divorcio²⁹. Esta visión “interior” también le permite polemizar en torno a su propio país –siempre latente, atrás, en las sombras en *Recuerdos*– para criticar la existencia de dos esferas de existencia que dividen a los sexos. Al hacer hincapié la autora en el tema del futuro laboral “fuera” del ámbito doméstico de la mujer estadounidense –las mujeres ya trabajan como periodistas en Estados Unidos en 1860, por ejemplo– traza una condena implícita y explícita del medio laboral periodístico argentino, no de fácil ingreso para la mujer todavía en los años de la escritura de *Recuerdos* (principios de la década del 80)³⁰.

En su caracterización de la esfera “exterior” –relacionada, en teoría, con lo masculino, varonil, aunque el tema laboral de la mujer en Estados Unidos franquea en cierto sentido el abismo genérico– tampoco se queda atrás la autora. Mansilla discurre libre e inteligentemente, aunque con frecuencia sin los ambajes de la delicadeza, sobre la historia y la geografía de Estados Unidos, sus figuras políticas y culturales más destacadas, su arquitectura y su modernidad, sus propios asuntos bélicos –la guerra “intestinal” y fratricida entre la Unión y el Sur– además de sus nociones sobre el progreso, el trabajo –“*Time is money*”, repite la autora–, el buen gobierno y los peligros ético-morales de la “esclavatura”. Pero otra vez se asoma la Argentina lejana, implícita, que según Sarmiento, debía emular la creciente nación estadounidense: el gobierno de aquel país, observa, no ha tratado dignamente al hombre indígena – los “Piel Rojas”. ¿Eco, tal vez, de los gritos en torno a la “Guerra del Desierto” de 1879 la que llevó a cabo

28 Aunque la autora señala que la obra constituye un primer tomo de más de uno, no se registra la existencia de un segundo –u otro– tomo, a pesar del hecho de que vivió otra temporada en Estados Unidos cuando su marido reemplaza a Sarmiento como embajador argentino ante el gobierno estadounidense.

29 Como sugerimos antes en torno a Sarmiento y Mansilla, ante la falta de libertad de movimiento de la viajera hispanoamericana en el siglo XIX, vemos que el género –en este caso– sirve para abrir puertas, no cerrarlas.

30 Esta temática demuestra lo que Claudia Torre señala como la dualidad del texto –hermético– de viajes de Mansilla. Este es “[e]scritura atrapada [...] entre dos tiempos. Por un lado: el recuerdo, la referencia, lo pasado (1860), y por el otro: el actual, timepo de la alocución, tiempo presente del acto de escribir” (377).

el general Julio Argentino Roca, el presidente en la época de la escritura de *Recuerdos*, o acaso una reminiscencia del mensaje de la *Excursión* de su hermano, de incorporar al indígena argentino al proceso civilizador de la nación argentina? La incógnita que plantea su mención de la causa indígena de Estados Unidos demuestra la forma desembarazada y consciente en que Mansilla reflexiona sobre la intersección entre el “dominio público” de la nación estadounidense y su propia patria.

* * *

Por medio del detallado inventario cultural de su primer viaje a Estados Unidos —una suerte de radiografía de la vida íntima del país en las esferas supuestamente tradicionales de “acción” social de esa nación— Eduarda Mansilla de García ofrece lo que ninguna escritora argentina había hecho antes de la época y que tampoco hizo posteriormente: recrear para un público lector lejano pero interesado un imaginario de Estados Unidos durante un momento decisivo de su devenir nacional (Urraca). En este sentido, su obra es tal vez la más representativa de las pocas visiones de viajeros a ese país durante el siglo XIX, pues su *gaze* recae sobre una temática más amplia que los demás viajeros —Sarmiento, por ejemplo— mostrando a su vez la notable penetración intelectual —y la erudición— de la autora.

La penetración de esta incursión textual en asuntos sobre los que no sólo comprende sino que sabe que tiene derecho a comentar —como el *causeur* que comenta con autoridad lo que ve e interpreta— afirma su calidad de testigo de los eventos que narra personalmente o que cita por medio de las referencias bibliográficas que dan fe de su amplia formación como lectora, dando un aire de autoridad en torno a sus conocimientos como “viajera” (Frederick, “Nómada” 247; Batticuore “Itinerarios” 176). “Charla”, pues, con sus contertulianos implícitos —sus lectores— cultivando una voz del viaje femenina a la misma altura del hombre viajero “dandy” que comenta las particularidades de sus andanzas bajo la etiqueta de *causeries*, como su hermano Lucio Victorio.

Así Eduarda Mansilla de García se torna una “voz autorizada” —y *causeuse*, si se permite— que se dirige a sus contertulianos-lectores en su salón de tertulia cotidiana. De esta forma, logra no sólo ayudar a componer el “cuerpo” de la identidad de la mujer escritora y viajera hispanoamericana, sino también el *corpus* de la literatura de viajes femenina del continente.

J.P. Spicer-Escalante*
Utah State University

***Juan Pablo Spicer-Escalante**, Profesor de Literatura Hispanoamericana en Utah State University (E.E.U.U.), recibió su licenciatura en Ciencias Económicas de Kansas State University (1987), y la maestría y el doctorado, con una concentración en literatura hispanoamericana, de la University of Illinois, Urbana-Champaign (E.E.U.U.) en 1992 y 1999, respectivamente. Su investigación se centra en la literatura latinoamericana del siglo XIX y de comienzos del siglo XX en general, y en la literatura argentina de esa época en particular. Ha publicado ensayos sobre el naturalismo latinoamericano, la generación argentina de 1880, y la literatura de viajes de escritores argentinos, como el novelista Eugenio Cambaceres, y el autor cosmopolita argentino, Ricardo Güiraldes. Es autor de *Visiones patológicas nacionales: Lucio Vicente López, Eugenio Cambaceres y Julián Martel ante la distopía argentina finisecular*, (Gaithersburg, MD: Ediciones Hispamérica, 2006). Ha publicado una edición de la novela naturalista *Sin Rumbo* de Eugenio Cambaceres (Buenos Aires: StockCero, Inc., 2005) y es fundador y co-director de *Decimonónica, Revista de producción cultural hispánica decimonónica*, que se especializa en la producción cultural del mundo hispano decimonónico. Es miembro del consejo editorial de *Excavatio*, una revista académica que enfoca el naturalismo literario internacional y miembro del consejo asesor de StockCero, Inc.

OBRAS CITADAS

- Bassnett, Susan. "Travel Writing and Gender". *The Cambridge Companion to Travel Writing*. Cambridge: Cambridge University Press, 2002: 225-241.
- Batticuore, Graciela. "Itinerarios culturales: dos modelos de mujer intelectual en la Argentina del siglo XIX". *Revista de crítica literaria latinoamericana* año XXII, no. 43-44 (1996): 163-180.
- _____. "Los menores del género". *Revista interamericana de bibliografía* vol XLV, no. 3 (1995): 365-372.
- Bosch, Beatriz. "Eduarda Mansilla de García, mujer de letras". *Letras de Buenos Aires* año 15, no. 32 (octubre 1995): 17-23.
- Buzard, James. "The Grand Tour and after (1660-1840)". *The Cambridge Companion to Travel Writing*. Cambridge: Cambridge University Press, 2002: 37-52.
- Davies, Catherine. "Spanish-American Interiors: Metaphors, Gender and Modernity", *Romance Studies* vol. 22 (1): 27-39.
- Frederick, Bonnie. Introducción. *La pluma y la aguja: las escritoras de la Generación del 80*. Buenos Aires: Feminaria Editora, 1993: 9-18.
- _____. "El viajero y la nómada: los recuerdos de viaje de Eduarda y Lucio Mansilla". *Mujeres y cultura en la Argentina del siglo XIX*, Lea Fletcher, comp. Buenos Aires: Feminaria Editora, 1994: 246-251.
- Hulme, Peter y Tim Youngs. Introducción. *The Cambridge Companion to Travel Writing*. Cambridge: Cambridge University Press, 2002: 1-13
- Lojo, María Rosa. "Eduarda Mansilla". *Cuadernos hispanoamericanos* 639 (septiembre 2003): 47-59.

- _____. “Eduarda Mansilla: entre la «barbarie» *yankee* y la utopía de la mujer profesional”. *Gramma* (septiembre 2003): 14-25.
- Ludmer, Josefina. *El cuerpo del delito*. Buenos Aires: Libros Perfil, 1999.
- Pratt, Mary Louise. *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*. Londres: Routledge, 1992.
- Schade, George. “Los viajeros argentinos del ochenta”. *Texto Critico* 10 (28) (enero-abril 1984): 82-103.
- Sosa de Newton, Lily. “Eduarda Mansilla de García: narradora, periodista, música, y primera autora de literatura infantil”. *Mujeres y cultura en la Argentina del siglo XIX*, Lea Fletcher, comp. Buenos Aires: Feminaria Editora, 1994: 87-95.
- Spicer-Escalante, J.P. “A Non-Imperial Eye/I: Europe as Contact Zone in Eugenio Cambaceres’s *Música sentimental*”. *Brújula* 3.1 (2004): 53-68.
- _____. “Ricardo Güiraldes’s *Américas*: Reappropriation and Reacculturation in *Xaimaca* (1923)”. *Studies in Travel Writing* 7 (2003): 9-28.
- Torre, Claudia. “Eduarda Mansilla (1838-1892): viaje y escritura. La frivolidad como estrategia”. *Revista interamericana de bibliografía* vol. XLV, no. 3 (1995): 373-380.
- Urraca, Beatriz. “Quien a Yankeeland se encamina...”: The United States and Nineteenth-Century Argentine Imagination”. *Ciberletras* 2 (enero 2000). Consultado: 8 de marzo, 2006.
- Viñas, David. *De Sarmiento a Dios: viajeros argentinos a USA*. Buenos Aires: Sudamericana, 1998.
- _____. *Literatura argentina y realidad política*. Buenos Aires: EUDEBA, 1972.
- Whitehead, Neil. “South America/Amazonia: the forest of marvels”. *The Cambridge Companion to Travel Writing*. Cambridge: Cambridge University Press, 2002: 122-138

BARBOSA:

EN TANTO VIAJA VD. DE UN EXTREMO Á OTRO DE LA CIUDAD, PARA ALIVIAR Á LOS QUE SUFREN, LEA Á SU AMIGA.

VD. ES UNO DE AQUELLOS QUE MÁS ME HA IMPULSADO Á ESCRIBIR MIS RECUERDOS DE VIAJE; ES JUSTO, PUES, QUE ESTE PRIMER TOMO, LE SEA DEDICADO.

E. M. DE G.

PRELIMINARES

Hacer la travesía desde el Havre á Nueva York en la Compañía Transatlántica Francesa, ó embarcarse en un vapor¹ del *Cunard Line*², en Liverpool, no es exactamente lo mismo como agrado, si bien ambos medios de cruzar el Océano, pueden emplearse indistintamente, con la seguridad de llegar á buen puerto, en doce ó trece días, salvo los inconvenientes ó accidentes naturales de la ruta.

Las nieblas y *lurtes*³, compañeros inevitables del verano, y los vientos bravíos é incesantes, que sin piedad exasperan las aguas del Atlántico en los meses del invierno, hacen que el viaje sea siempre penoso é igualmente inseguro, en una ú otra estación. Pero dado no ser posible evitar, que el deshielo del Polo, acarree esas masas colosales, que cortan un buque de parte á parte, con sólo chocarlo; y siendo del mismo modo imposible calmar en el invierno, el desencadenamiento de ciertos vientos reinantes en aquellas regiones, creo preferible afrontar los *ice-*

1 *Vapor*: barco propulsado mediante vapor, con cubierta que, por su tamaño, solidez y fuerza, es adecuado para navegaciones o empresas marítimas de importancia.

2 *Cunard line*: compañía de transporte marino fundada en 1838 por el magnate canadiense Samuel Cunard.

3 *Lurte*: masa de nieve que suele desprenderse de las cumbres, alud; (fig.) masa de hielo flotante que se desprende de un glaciar en altamar.

bergs y las nieblas, evitando de esa suerte, el más desapiadado⁴ enemigo del viajero por agua: el mareo. Durante el verano, el mar está relativamente tranquilo, y la cuestión travesía, presenta otra faz, bajo el punto de vista del *comfort* y amenidad del viaje.

En la Línea Francesa, se come admirablemente, detalle de sumo interés, para el viajero que no se marea; y en la buena estación las excepciones son escasas, salvo, durante los dos ó tres primeros días. El servicio es inmejorable, y la sociedad cosmopolita que por esos vapores viaja, parece como impregnada de la amenidad y agrado de las costumbres francesas, reinando además aquel grato *laisser aller*⁵ que crea la vida de abordo.

En los vapores ingleses, se come mal, es decir, á la inglesa; todo es allí insípido⁶, exento del atractivo de forma y de fondo, que tanto realce⁷ da á la comida francesa. El vino brilla por su ausencia, eleva la suma de los *extra* á proporciones colosales é impone al viajero, la enojosa tarea de calcular sus gastos, en esas horas crueles de la vida de abordo, en las cuales toda la sensibilidad parece concentrada en el estómago.

Por lo general, en la Línea Inglesa, no se encuentra sino Ingleses; pues, los Europeos del Continente, no atraviesan por gusto el temido Canal de la Mancha⁸, para ir á embarcarse exprofeso⁹ en Liverpool, teniendo, como tienen, la perspectiva de un viaje de mar de tantos días: esto, además de otros inconvenientes, recargaría con exceso su *budget*.

París es más tentador; y el ferro-carril del Havre, que atraviesa la pintoresca Normandía¹⁰, en sólo tres horas, ofrece muchos encantos, que llamaré preliminares á la gran travesía trasatlántica.

El Domingo, en los paquetes ingleses, hay casi siempre un *service*, en el gran comedor, pues rara vez falta abordo el *clergyman touriste* ó inmigrante. En ese día cae sobre los desdichados pasajeros, la pesada capa de fastidio, que cubre infaliblemente las ciudades protestantes, *on sabbath day*.

Enmudece el piano, todos hablan en voz baja, y se diría que, hasta el monótono ruido de la hélice, es ménos marcado y nervioso los Domingos.

4 *Desapiadado*: [sic] despiadado, sin piedad.

5 *Laisser aller*: (fr.) dejar ir.

6 *Insípido*: sin sabor.

7 *Realce*: adorno.

8 *Canal de la Mancha*: brazo del mar formado por el Atlántico que separa Francia de Inglaterra; "English Channel".

9 *Ex Profeso*: (lat.) intencionalmente.

10 *Normandía*: provincia del noroeste de Francia.

En cambio, la disciplina, propiamente dicha, de la Línea Británica, se efectúa siempre con suma regularidad y reserva. Los pasajeros no tienen contacto alguno con la oficialidad del buque¹¹, que parece extraña, á lo que llamaré la parte comercial de la Compañía.

El capitán, es un hombre mústio, silencioso, casi siempre vulgar, que al pié de la letra, observa su exclusiva misión de conducir el buque. Los pasajeros no le conocen ni de vista; su asiento en la cabecera de la mesa, permanece siempre vacío.

Si hay mal tiempo, nadie sabe lo que ocurre, nadie se atreve á preguntar *qué sucede*, á esas sombras silenciosas y graves, que cruzan de un lado á otro, como autómatas¹² de la disciplina.

El agrio sonido de la bocina, rompe la espesa bruma, que como tupido crespon¹³ envuelve al buque; una sensación dolorosa se produce y los latidos del corazón más valeroso se aceleran. El lamento de la bocina recuerda sin cesar á los viajeros la inminencia del peligro. En aquella oscuridad, que, ni siquiera permite ver los objetos más cercanos, el encuentro con otro buque, es no sólo un peligro: es la muerte.

Ajax¹⁴, el héroe griego, que no temía ni á los mortales ni á los dioses, tembló en la oscuridad é imploró á Venus¹⁵, pidiéndole *luz! luz!*

Qué extraño es, que el horror se apodere del espíritu de los viajeros, durante esos cuatro terribles días, en los cuales no se apagan un instante las odiosas lámparas de aceite, que dan un tinte funerario á la pardusca¹⁶ luz del día! Desgraciadamente, el enemigo silencioso y frío, que el Polo envía por las aguas del Atlántico á la frágil nave¹⁷, no se anuncia, ni por el agrio son de la bocina, ni éste conmueve la helada superficie de la gigantesca mole. De improviso, la atmósfera que rodea al vapor se enfria de tal suerte, que el termómetro baja repentinamente, de 18 á 7 grados. ¡Felices aquellos que ignoran lo que tal transición significa! El helado monstruo está cercano, y Dios sólo puede desviarlo en su terrible marcha. En el mar no hay escépticos.

Pasó el peligro: el sol rompe la bruma, la temperatura se dulcifica, y sobre las azuladas olas vése á lo léjos flotar la blanca diamantina masa

11 *Buque*: barco.

12 *Autómata*: máquina que imita la figura y los movimientos de un ser animado.

13 *Crespón*: tela negra que se usa en señal de luto.

14 *Ajax*: mítico guerrero griego, hijo del rey de Salamina, considerado el más fuerte después de su primo Aquiles, quien se embarcó a la Guerra de Troya al mando de doce navíos.

15 *Venus*: diosa de la belleza en la mitología latina identificada con Afrodita en la mitología griega.

16 *Pardusco*: oscuro.

17 *Nave*: barco.

que refleja el iris. La luz, la alegría y la tranquilidad reinan por todos lados; el marino, como el viajero, siente ensanchársele el corazón, y el buen humor reaparece.

En los paquetes franceses, el comandante, que es siempre *charmant*, *homme du monde*¹⁸, preside su mesa, y al terminarse las comidas, ofrece galantemente el brazo a una dama.

Los pasajeros conocen a los oficiales, están al corriente de los más insignificantes detalles de la marcha; todo lo preguntan, lo investigan o adivinan. Si por desgracia el viento arrecia, la mar se encrespa y comienzan esos vaivenes furiosos, que sacan de quicio los objetos inanimados y desnivelan el espíritu humano, poniéndolo a prueba, oíense frases misteriosas, que hacen estremecer¹⁹ de pavor a los más valientes. «Los marineros se niegan a ejecutar la maniobra, el comandante está desesperado; y si el mal tiempo continúa, tendrán los oficiales que echar ellos mismos mano a los cabos.»

Un noticioso agrega: «El comisario está dado al diablo, y acaba de encerrarse en su camarote.»

El comisario²⁰, (ese tipo del hombre galante en los paquetes franceses) representa a la Compañía, ó sea la parte comercial. Casi siempre existe entre éste y el comandante rivalidad encubierta, lucha de autoridad que da a sus relaciones tirantez²¹ y frialdad.

Pero, ¡cuánta anchura, cuánta abundancia, para ofrecer a discreción, hielo, leche, frutas, en la serie de comidas que con diversos nombres se sirven en los paquetes franceses! Qué profusión de vino excelente y gratis; ese vino sabroso que recuerda el suelo de la bella, la rica Francia, tierra favorita de la uva!

A mi entender, pudiera reducirse a una simple ecuación, la muy grave cuestión de escoger una u otra Línea para cruzar el Océano.

Viajar con los Franceses es más agradable en verano; pero, lo es más seguro en invierno con los Ingleses.

Y aquí, para no ser ingrata ni olvidadiza con una nación que tanto quiero, diré, que personalmente, yo prefiero hasta naufragar²² con los Franceses. Pero, en mi calidad de viajera, que escribe con la mira honrada de dar luz a los que no la tienen, creo de mi deber consignar

18 *Charmant, homme du monde*: (fr.) encantador, hombre de mundo.

19 *Estremecer*: temblar con movimiento agitado y repentino.

20 *Comisario*: persona que tiene poder y facultad para ejecutar órdenes o entender en algún negocio, sujeta al comandante de una embarcación.

21 *Tirantez*: estado de relaciones tenso.

22 *Naufragar*: irse a pique o perderse un barco.

en estas páginas, lo que he oído repetir á tantos famosos *touristes*. Pues en ciertas materias, forzoso es contar los votos, por más amigo que uno sea de pesarlos. Además, quien á *Yankeeland* se encamina, tiene por fuerza que democratizar su pensamiento. Con lo expuesto, queda ya tranquila mi conciencia, y sigo rumbo hácia el Norte.

CAPÍTULO I

Hacia trece días que navegábamos en el *África*, suntuoso vapor de la Compañía Cunard, cuando una mañana, resonó en mi oído la mágica palabra *Nueva York*. Habíamos llegado; y aunque desde la víspera,uviésemos la casi certidumbre de ver terminado nuestro viaje al siguiente día, no por eso, la emoción fué menos grata.

En la mar debe contarse siempre con lo imprevisto; y el gran banquete de la víspera, que anuncia la llegada segura, reuniendo en ese momento alrededor de la gran mesa, aún á aquellos viajeros invisibles durante la travesía, á esas víctimas resignadas del mareo, puede aún resultar ser un esperanza vana.

Los semblantes²³ se iluminan, los apetitos se aguzan, las simpatías se acentúan, al parecer; pero ese banquete de *adios* destinado á calmar las inquietudes²⁴ del viajero y á pacificar los pobres estómagos exhaustos, suele no ser la última comida que abordo se hace. El mar es caprichoso; y el hombre falible.

23 *Semblante*: cara o rostro humano.

24 *Inquietud*: desasosiego, preocupación.

Todos los que han viajado, conocen el momento solemne del arribo.

La agitacion es general, el va y viene de los pasajeros que activan su atavío y de los empleados del buque, que como viajeros que son igualmente, tratan de despachar, con la mayor rapidez posible sus quehaceres²⁵, complicados por la llegada, para bajar á esa tierra tan ansiada por el navegante. Ya viaje éste por gusto, ó aquél por deber: la tierra es la esperanza de todos.

Reina el tumulto, el desorden, en tales ocasiones; á la regularidad y monotonía de la vida ordinaria, sucede la agitacion, la confusion. Y entónces, puede verse patentemente, cuán efímeras²⁶ y transitorias son esas relaciones, contraidas en la vida tan íntima y estrecha de abordó.

La llegada afloja como por encanto, vínculos que parecian tan sólidos ayer tarde al ponerse el sol; vínculos creados por la necesidad y mantenidos por la costumbre.

Con la misma facilidad con que se formaran, se disuelven los grupos varios; y de una intimidad de todos los momentos, suele no quedar ni aún el recuerdo. Como las aguas del Leteo²⁷, la tierra produce el olvido y á veces la ingratitud.

La ruptura suele ser tan rápida cuanto persistente, careciendo con frecuencia, hasta de las formas que hacen soportable toda separacion. La culpa no es de nadie, es de todos.

«Hasta la vista; estoy buscando un baul que no encuentro!» dice un viajero, malhumorado.

Agrega otro, con marcada cortesía: «Señora, siento no poder ser útil á Vd... ¿en qué hotel podré...?»

«Ignoro...; pero ya nos veremos,» es la respuesta laconica²⁸ y evasiva; que con el olor de tierra, hánse despertado los escrúpulos sociales, adormecidos por los continuos vaivenes que las olas imprimen al flotante vehículo.

«Por aquí, caballero; le llaman á Vd. de tierra!» grita un comedido.

«Cómo! qué ya se puede desembarcar?»

«No ha llegado aún la visita!» exclaman varios en coro.

«Para servir á Vds.!»

Pasa un grupo de familia dando codazos y aún maletazos; produ-

25 *Quehaceres*: tareas.

26 *Efímero*: de corta duración.

27 *Leteo*: río del olvido en los infiernos en la mitología latina.

28 *Lacónico*: breve, conciso.

ciendo malhumor general, desconcierto y aún sombreros ladeados.

«¡Madame,» pronuncia un dandy²⁹ irreprochable, redondeando los codos, «tendré, la dicha...?» imposible continuar la expresiva frase: un baul colosal, de esos llamados *mundos*, por las elegantes, amenaza con su mole³⁰ el coqueto sombrero del *desembarque*, de la dama, que ya se halla fuera de tiro.

Cosa curiosa; se llega á un país donde no se conoce alma viviente, y no obstante, la idea de agrandar surge como esas generaciones espontáneas de que nos hablan los fisiólogos.

Los hombres no forman excepción á esta regla ó conato de seducción inocente. Ostentando pliegues caprichosos, véanse levitas³¹ arrugadas, que yacían en el fondo de la mala³² durante la travesía, y que vienen á reemplazar el jaquet algo descolorido de todos los días, *bueno para abordo*.

Error! aquella levita y el sombrerito coqueto, llegarán al hotel cubiertos de polvo. El viajero novel³³ cae siempre en la falta de *vestirse* para desembarcar. En tanto que el aguerrido³⁴, guarda sus galas para cuando haya sacudido el polvo del camino, en la ancha bañadera que en el hotel le aguarda, entregándose luego al hábil peluquero, que habrá de dejarle irreprochable y como nuevo.

Llegar á una ciudad, donde nadie nos espera, produce dolorosa impresion en el ánimo del viajero bisoño, y casi le hace arrepentirse del *triste placer de viajar*, como dice madame de Stael³⁵.

Cuando el *África*, despues de haber recibido la muy rápida y poco ceremoniosa visita de sanidad de Nueva York, dejó por la ancha tabla, que en contacto con el muelle le ponía, paso libre á los que de la ciudad venían, en busca de amigos y parientes, vi llegar una media docena de individuos, en procura de damas viajeras.

Un grupo de niñas engalanadas, que durante la travesía nos habia divertido mucho con su charla incesante é inofensiva coquetería, recibió sobre la ³⁶cubierta á los recién llegados. El súbito exclamar *Pa!*

29 *Dandy*: hombre que se preocupa mucho de su compostura y de seguir las modas.

30 *Mole*: masa o corpulencia.

31 *Levita*: vestidura masculina de etiqueta, más larga y amplia que el frac, cuyos faldones llegan a cruzarse por delante.

32 *Mala*: maleta, baúl.

33 *Novel*: principiante.

34 *Aguerrido*: experimentado.

35 *Madame de Staël*: Germaine Necker, baronesa de Staël-Holstein (1766-1817), mujer de letras, su salón al inicio de la revolución francesa se convirtió en un ámbito de gran influencia intelectual. Contribuyó a difundir el romanticismo.

36 *Conato*: empeño infructuoso en realizar algo.

John! James! Mary! entrecortados con ruidosos besos, me hizo experimentar algo que á la envidia se parecía. Pero, oh naturaleza humana! Mi mal sentimiento se trocó luego en otro peor. Aquellos besos al padre (*Pa*, que el Yankee todo lo acorta) á John, hermano ó primo, no eran dados ó recibidos en la mejilla ó en la frente, acompañados de un abrazo tierno, como en nuestra raza se estila; eran estampados en plena boca y acompañados de un vigoroso *shake hands*³⁷ muy prosáico; y beso y apretón de mano me movieron á la risa. Hice mal, pero lo hice.

Los lábios, me parecen sitio sagrado, que no deben así no mas prestarse á públicas efusiones de familia. Si me equivoco, tanto peor, conservo mi error, porque me es grato.

*Diverse lingue orribili favelle*³⁸. Recordé al Dante, sin poderlo remediar, cuando seguida de mi numerosa *smala*³⁹, me encontré á cierta altura del muelle, delante de un muro humano, que vociferaba palabras desconocidas, como una legion de condenados. Eran séres groseros, feos, mal entrazados, con enormes látigos, que blandian desapiadados, furiosos, sobre las indefensas cabezas de los viajeros, cuyo paso impedían. De repente, una alma, un viajero, caía en poder de alguno de esos demonios, y en el instante éste enmudecía, conduciéndole en misterioso silencio, sólo Dios sabe donde. El calor, el polvo, el vocinglerio infernal, me tenían fuera de mí. Uno de aquellos hombres que sin cesar repetía «*Clarendon Hotel*» se apoderó de improviso de uno de mis hijos, colocándole sobre el hombro. Creció mi terror y el exceso de la temperatura, hubo de hacerme perder el sentido.

Eran las once de la mañana, de un día de Junio en Nueva York. Tal fecha, nada dice á quien no conozca la ciudad de los tabardillos (*sun strike*)⁴⁰, en pleno verano, pero estremece de pavor á quien haya habitado la Metrópoli norte americana, durante el verano.

Seguimos todos al hombre del gran látigo y continuó la gritería: *Everett Housse! Fith Avenue Hotel! St. Nicholas Hotel!* mientras nosotros caminábamos en fila, lo mejor que podíamos entre cajones, tablas y barricas. El cochero del ómnibus⁴¹ del *Clarendon Hotel*, nos condujo en

37 *Shake hands*: [sic] handshake; apretón de manos.

38 *Diverse lingue orribili favelle*: frase del volumen primero de *La divina comedia –El infierno* –del célebre poeta florentino, Dante Alighieri (1265-1321); (ital.) “Extrañas lenguas, gritos horribles”, referente a la confusión de lenguas existente después de la construcción de la Torre de Babel.

39 *Smala*: (fr.) del árabe *zmala*, conjunto de equipajes y tiendas-habitación de un jeque; (metáf.) por sus hijos, bultos y bagajes.

40 *Sun Strike*: [sic] sunstroke; insolación.

41 *Ómnibus*: coche de transporte colectivo para trasladar personas dentro de las poblaciones con tracción a sangre.

silencio á la oficina de la Aduana, estrecho camaranchel⁴² de tablas mal unidas, donde sólo cabíamos dos viajeros á la vez.

Gracias al pasaporte diplomático, la ceremonia del reconocimiento del equipaje, no tuvo lugar. El empleado dio una mirada rápida al pasaporte, escribió algo sobre un registro, pronunció un espresivo *all right*, y en mi calidad de *lady*, me entregó un puñado de pedazos de cobre numerados, diciéndome: *That'll do* y nos volvió la espalda.

Ha llegado el momento de hacer aquí una confesion penosa, que hará derramar lágrimas, no lo dudo, al digno don Antonio Zinny, mi maestro, á quien su discípula favorita, debia en ese entónces todo el inglés que sabia. Y este resultó ser tan poco, que con gran vergüenza y asombro mío, el intérprete natural de la familia, la niña políglota⁴³, como me llamaron un dia algunos aduladores de mis años tempranos, no entendia *jota* de lo que le repetian los hombres mal entrazados y el laconico expresivo empleado.

«¿Qué dicen? ¿Qué dicen?» preguntaban mis compañeros, volviéndose á mí, como á la fuente. Y la fuente respondia: «No les entiendo!» y fuerza era responder la verdad, porque mi turbacion⁴⁴ era visible.

Pero como el gesto expresivo de uno de los hombres, indicara los cuadraditos de bronce numerados que yo conservaba en la mano, mayor fué mi confusion que mi cautela, y por verme libre del importuno⁴⁵, se los entregué, y así cesó de mortificarme.

Ah! Pero con aquel calor y aquella atmósfera sofocante, hubiera, como Esau⁴⁶ cedido hasta la más preciosa de mis prerrogativas, por un baño.

Subimos por fin al ómnibus, y comenzó entónces ese ávido mirar del viajero, que se vuelve todo ojos, al penetrar en una ciudad desconocida ó conocida, si por fortuna ésta es París.

Nada hay más grato que volver á ver á París; creo, lo afirmo, la impresion que se recibe al ver la Capital de la Francia por vez primera, no es tan intensa ni tan completa, como la que se siente al volver á verla.

La admiracion, cuando va acompañada de sorpresa suele ser ménos atractiva, y, sobre todo, menos razonada.

42 *Camaranchel*: ó Carabanchel, habitación estrecha donde se organiza una juerga.

43 *Políglota*: una persona versada en varias lenguas.

44 *Turbación*: desconcierto.

45 *Importuno*: molesto, aquí referente al hombre que se ocupa del control del equipaje

46 *Esau*: hijo de Isaac y Rebeca y hermano mayor de Jacob, a quien vendió su derecho de primogenitura por un plato de lentejas.

Pocas cosas hay más susceptibles de crecer y educarse que la admirabilidad. El salvaje no se da cuenta de los edificios que ve por vez primera; los ve mal, los juzga con su criterio estrecho de salvaje. Para comprender lo bello, es forzoso tener en nosotros un ideal de belleza, y cuanto más elevado es éste, mayor es nuestro goce, por mucho que el reverso de la medalla, produzca en nosotros, cierta insaciabilidad estética, si la palabra es permitida, y nos incline un tanto al pesimismo.

CAPÍTULO II

Si en vez de llegar á Nueva York de dia claro, con aquel sol rajante, desapiadado, atravesando en mal *coche de alquiler*, la muy larga distancia, que media desde el muelle hasta la parte elegante de la ciudad, me hubieran desembarcado dormida y encerrada, como las princesas de las Mil y una noches⁴⁷, en misterioso palanquin⁴⁸, al despertar, de seguro habria exclamado: «Estoy en Londres!» Idéntica arquitectura, igual fisonomía en las calles, en las tiendas, en los transeuntes, que parecen todos apurados; y lo están en realidad.

El cosmopolitismo hállase más acentuado en Nueva York; pero la raza sajona⁴⁹ descuella allí sobre las demás e imprime á la metrópoli norte americana, todo el carácter de una ciudad inglesa. Si se exceptúan los *tobacconish*⁵⁰, con sus colosales cigarros de madera chocolate ó sus indias de lo mismo, adornadas con el clásico tocado⁵¹ y la cintura de

47 *Mil y una noches*: célebre obra de origen persa del s. XV en la que la joven Scherezade le narra historias al rey árabe Shahriyar, como ardid de supervivencia, durante mil y una noches.

48 *Palanquín*: suerte de plataforma o silla montada sobre dos varas, con manijas en los extremos, usada en Oriente para llevar en ellas a las personas importantes.

49 *Sajón*: pueblo de origen germánico que habitaba en la desembocadura del río Elba, parte del cual se trasladó a Inglaterra en el s. V, y más adelante a otras regiones, incluyendo las Américas.

50 *Tobacconish*: [sic] tobacconist; tabaquería.

plumas rojas y azules, que tienen un sello puramente americano.

La animación es portentosa, y cuando se entra á Broadway, la grande arteria de la suntuosa ciudad, aquel nombre de *calle ancha*, parece ridículo.

Los ómnibus, los tramways, idénticos á los nuestros, los carros de tráfico, con sus inmensos paraguas—avisos, que libran al conductor de los rayos del sol y anuncian al viajero el mejor sitio para comprar, ya sea betun para las botas, ya sean joyas para *ladies*, obstruyen el paso y suspenden por algunos instantes el movimiento de aquella Babilonia andante.

En la época á que aludo, 1860, el ferro—carril aéreo, no existia; ha sido construido despues de mi salida, y harto se necesitaba.

Más de una vez he creído imposible salvar la distancia que separa á Union Square⁵² del embarcadero del ferro—carril de Pensilvania, á pesar de salir con sobrado tiempo del hotel, para tomar el tren de la mañana.

Carros, tramways, ómnibus, carretas de todas formas y dimensiones, obstruyen la calle; y por más malhumor y agitación que se gaste, el vehículo que conduce al viajero apremiado por la hora, no puede salvar inconvenientes de *fuorza mayor*, como dice el municipal francés (*sergent de ville*) que fué.

Muchas veces me ha sorprendido la flema⁵³ inalterable, con la cual los Yankees, los hombres más ocupados del mundo, esperan, resisten y soportan esos escollos⁵⁴, inherentes á las grandes aglomeraciones de población. Momentáneamente, parecen no sentir siquiera la demora y contentarse con mirar su reloj, repitiendo: *Plenty time* (tiempo de sobra). Pero así que llegan al término de la jornada, no descuidan de seguro, medio alguno de remediar aquel inconveniente, para que no se repita y poder de esa suerte ganar el *tiempo que es dinero*.

En nuestra raza, se produce el fenómeno contrario; en el momento crítico, la impaciencia toma proporciones vastas, el malhumor sube de punto, el viajero se queja, rezonga, vocifera, maldice y amenaza la Compañía si está en ferro—carril y la Municipalidad, si va en carruaje: pero llega y... olvida y nada se remedia: ahí está el mal.

51 *Tocado*: prenda con que se cubre la cabeza.

52 *Union Square*: parque neoyorquino de gran relevancia histórica ubicado, durante el s. XIX, en el cruce entre la famosa avenida Broadway y *the Bowery*.

53 *Flema*: calma excesiva, impasibilidad.

54 *Escollo*: dificultad, obstáculo.

El policeman yankee, tan parecido al inglés, aunque ménos grave, llamó mi atención desde ese primer momento y más tarde, no tuve un amigo más *seguro*, que aquel gordo, rubio, que hacia el servicio diurno en la esquina de *Broadway* y *Union Square*. Sin él, ¿qué señora, qué niñera con niños, se hubiera atrevido jamás á cruzar de una acera á otra, sin ser infaliblemente atropellada por los tramways ó los ómnibus? El policeman levanta la macanita⁵⁵ corta y reluciente que lleva en la muñeca, pendiente de una correa, y como si ésta fuera una varilla mágica cesa el movimiento en la ruidosa avenida. Luego, con un ademán blando, que contrasta con su talla gigantesca, toma de la mano á la *lady* que debe proteger y poner en lugar seguro, en la opuesta vereda; y sin exagerada prisa, con un niño en cada brazo, dando la mano á la *lady*, cruza la calle. *Thanks!* (gracias) murmura la dama, sonrien los chiquitines y el policeman, sin aparentar oír ni ver; pero oyendo y apreciando las *gracias* y la sonrisa infantil, agita de nuevo su vara milagrosa: un movimiento autoritario nada ridículo, sino *quite the thing*, y vuelven de nuevo á circular los ruidosos vehículos; en tanto él, grave, sereno y vigilante, continúa su pacífica tarea.

Las iglesias, no producen en Nueva York el mismo efecto que en las ciudades europeas, aún de menor importancia. Por lo general, son poco bellas, modernísimas y con el sello de construcción de ayer, que les quita gran parte de su encanto, no sólo arqueológico, sino estético.

En la América del Norte, como en la nuestra, el viajero no halla esos preciosos recuerdos históricos, revelados por los monumentos, por la fisonomía misma de las ciudades. Todo es allí obra del presente, nuevo, novísimo y exento de ese encanto misterioso que el tiempo imprime á las piedras, á los edificios, á las cosas.

La historia de ese país, como sus monumentos, es toda de ayer, de ahí la pobreza relativa que impresiona desagradablemente al viajero que llega de Europa, si bien comprende toda la riqueza y poderío que esa parte del Nuevo Mundo encierra. Halla mucho que le sorprende; pero poco que le seduzca.

La nueva catedral que acaban de construir á su costo los católicos de Nueva York, es bella y lujosísima. Toda de mármol blanco, tallada con gran primor, recuerda un tanto la Santa Sofía de Constantinopla, atrae las miradas del viajero desde luego, lo deslumbra de lejos por su blancura nítida y su corte admirable.

55 *Macana*: garrote a manera de machete o de porra, hecha de madera.

En general, los templos son góticos⁵⁶, de un gótico moderno, que sólo ha conservado de aquel orden arquitectónico, tan bello y adecuado al pensamiento religioso de la Edad Media, el corte agudo de sus torres y ese estrechamiento perfilado del conjunto, prescindiendo de adornos, molduras, y de ese mundo de estatuillas, gárgolas⁵⁷, rosetas⁵⁸, grifones⁵⁹ y agujas, que son al orden gótico, lo que las hojas de acanto al *corintio* y la columna estriada al dórico⁶⁰.

Las *churches* de Nueva York, de un gótico desnudo, sin galas, son escualidas, frías, como el culto á que están dedicadas, y desde luego me fueron antipáticas. Quiero hacer una excepción, en favor de una, cubierta de graciosa yedra⁶¹, colocada á la derecha en Broadway, al subir hacia Union Square; no recuerdo su nombre y no me importa. Esa iglesia gótica, que más bien parece la capilla de un cementerio, vista á la luz de la luna, evoca pensamientos de penetrante melancolía: es una protesta muda, en aquella ruidosa calle donde se agita y bulle el pueblo más vivaz de la tierra.

En cambio, las casas que son en los barrios lujosos, por lo general, de piedra oscura, de corte sencillo y elegante, revelan desde el exterior el *comfort* del hogar (*home*) inglés, aún algo de más grandioso y vasto. Edificadas, como las de Inglaterra, sobre una serie de gradas elevadas, con el *basement* subterráneo, son de tres y cuatro pisos. Cada uno de éstos, tiene un uso particular. En los bajos, la cocina, el *laundry*, (cuarto para lavar y planchar) y en algunas casas de gente modesta, el comedor. Los ricos tienen en el primer piso los salones lujosamente amueblados, el comedor, la biblioteca, todo esto rodeado por un *hall* ó corredor enlozado de mármol blanco ó enmaderado con mosaicos tan relucientes, como los de un salón parisiense en verano. Las casas son dobles, con habitaciones en ambos lados, con grandes ventanas sobre la calle, que se cierran de arriba abajo, corriendo los cristales; el nombre de este sistema es odioso, por eso lo callo.

56 *Gótico*: estilo relacionado con el arte que se desarrolla en Europa desde el s. XII hasta el Renacimiento.

57 *Gárgola*: terminación, con frecuencia vistosamente adornada, del caño o canal por donde se vierte el agua de los tejados o de las fuentes.

58 *Roseta*: ventana redonda y calada de iglesia en forma circular con adornos.

59 *Grifón*: llave de cañería o de depósito de líquidos.???

60 *Columna dórica*: columna perteneciente al orden dórico cuyo capitel se compone de un ábaco con un equino o un cuarto bocel.

61 *Yedra*: [hiedra] planta trepadora verde de la familia de las Araliáceas, con tronco y ramos sarmentosos, de que brotan raíces adventicias que se agarran fuertemente a los cuerpos inmediatos.

Los Americanos, como los Ingleses, gustan mucho de adornar sus casas con una ó dos ventanas más grandes que las ordinarias, á que llaman *bow-window*. Son éstas unas aberturas que empiezan en el piso y suben hasta el techo; en vez de estar como todas las ventanas, ras con ras con la pared, avanzan hácia el exterior y forman una especie de cancel ó nicho, sobre la calle. El efecto es muy bonito en el interior, pues deja penetrar la luz desde arriba como en los *studi*⁶² de los pintores; y por fuera, rompe la monotonía de la línea recta.

Las *bow-window* tienen siempre ricos cortinados de brocato en el invierno, cuando el calorífero⁶³ que viene del *basement* y mantiene la temperatura noche y dia á 71 grados Farenheit, hace olvidar el frio polar, que desola las calles y congela lagos y rios en la parte Norte y Oeste de la Union.

En el verano, blancos tules y leves muselinas velan la *bow-window* y la vuelven aún más misteriosa y atractiva. Flores en vistosos jarrones y lujosas macetas, mesitas con libros y chucherías, adornan aquel misterioso buen retiro de la americana *flirtation*, tan grata cuanto peligrosa.

En el segundo piso están los aposentos con sus anchas camas matrimoniales, que la mujer norte americana, ostenta siempre, en las noches de recepcion, con sus dobles almohadones con fundas blancas, cubiertas de bordados y con la sábana lisa bien doblada sobre la colcha, invitando al reposo; sin que le ocurra siquiera, fuera más elegante y más púdico, velar esos misterios de la alcoba, con una sobrecama de oscuro raso.

En un ángulo del aposento vése indefectiblemente el lavatorio, adherido á la pared, con sus dos llaves para el agua fria y la caliente; delante de la ventana, la mesa de *toilette*, cuadrada, ancha, cómoda, y cubierta de muselina con viso azul ó rosado, adornada con frascos y pomos con tapas de plata ú oro; y esos numerosos cepillos para el cabello, que más que el peine usan como las Inglesas, las rubias Yankees.

El gabinete de *toilette*, propiamente dicho, no existe allí. Está reemplazado por el cuarto de baño; pero en éste no hay sino la bañadera, tanto en las casas particulares, como en los hoteles.

Al último piso, están relegados los sirvientes y los niños: costumbre inglesa.

62 *Studi*: (ital.) taller.

63 *Calorífero*: calefacción.